
Historia, ideas y poder americano: la visión neoconservadora

José Carlos Pacheco

La presente nota de investigación analiza las aportaciones de tres recientes libros sobre el neoconservadurismo americano, que trazan en conjunto un cuadro preciso y actualizado sobre el estado de la investigación al respecto. Los autores se centran especialmente en los siguientes temas: la relación entre neoconservadurismo y política exterior de Estados Unidos —y, por ende, la guerra de Irak—; su caracterización como “movimiento”, “comunidad intelectual” o “idealismo reaccionario”, y su evolución por fases desde los años 60 del siglo pasado; la cuestión de la influencia de Leo Strauss en el pensamiento teórico neoconservador; su interpretación como una forma de nacionalismo americano; y la importancia relativa del factor judío dentro del neoconservadurismo.

Palabras clave: neoconservadurismo, política exterior de EE UU, guerra de Irak, Leo Strauss, nacionalismo, carácter judío.

Por su importancia en el campo de investigación centrado en el estudio de la historia del neoconservadurismo norteamericano, sus componentes ideológicos y su visión de las relaciones internacionales, sobresalen tres libros recientes¹ —dentro de una creciente literatura dedicada al mismo tema²—, que coincidiendo y divergiendo a la vez en cuestiones

1. Justin Vaïsse, *Neoconservatism: The Biography of a Movement*. Traducida por Arthur Goldhammer. Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press, 2011. *Paperback*, 366 pp.

Danny Cooper, *Neoconservatism and American Foreign Policy: A Critical Analysis*, New York, Routledge, 2011, 208 pp.

Jean-François Drolet, *American Neoconservatism: The Politics and Culture of a Reactionary Idealism*, London, Hurst & Company, 2011, 306 pp.

2. En un listado canónico de historias intelectuales dedicadas al estudio del neoconservadurismo cabría citar obras como Peter Steinfels, *The Neoconservatives: The Men Who Are Changing America's Politics*, Simon &

diversas, nos ofrecen la posibilidad de obtener una aproximación actualizada de un fenómeno histórico tan complejo como aquel. De las tres obras citadas habría que destacar, no obstante, la obra del autor francés Justin Vaïsse, la cual se utilizará como hilo conductor de la presente nota de investigación³.

Historiador de formación, Justin Vaïsse trabajaba actualmente como investigador sénior en Brookings Institution de Washington, DC. Con anterioridad, ha desempeñado funciones de asesoramiento en la Administración francesa (2002-2003), así como labores docentes en las universidades de Harvard (1996-1997), Po (1999-2001 y 2003-2007) y Johns Hopkins (desde 2007).

Jean-François Drolet es actualmente profesor e investigador en City University of London, y sus líneas de investigación han abarcado campos de la Teoría de las Relaciones Internacionales, Historia de las ideas, Ética en las Relaciones Internacionales e Historia Intelectual de la Política Exterior de Estados Unidos. Ha publicado diversos ensayos sobre estas materias en publicaciones como *Millennium*, *Review of International Studies*, *Journal of Political Ideologies* o *International Politics*.

Danny Cooper es profesor en Griffith University de Brisbane (Australia), y sus temas preferentes de investigación incluyen política exterior de Estados Unidos, relaciones internacionales y liderazgo político.

De las obras aquí analizadas, el estudio actualizado de Vaïsse está llamado a convertirse sin duda alguna en una obra de referencia para todos aquellos interesados en el tema en general. Interesará especialmente, sin embargo, a los que quieran profundizar en el estudio de los antecedentes históricos inmediatos que prefiguraron la política exterior seguida en las administraciones de George W. Bush. En síntesis, su tesis central es que los pilares de dicha política se establecieron en la década de los 70, primeramente en oposición reactiva a la *realpolitik* desarrollada por Nixon y Kissinger, y posteriormente frente al continuismo de Ford y Carter.

Coincidentemente, el análisis de Cooper viene a incidir en la misma línea argumental al señalar, textualmente, lo siguiente: “*Only by returning to the Nixon-Kissinger era can one begin to appreciate how the ideas embedded in neoconservative critiques of détente*

Schuster, New York, 1979; Gary Dorrien, *The Neoconservative Mind: Politics, Culture, and the War of Ideology*, Philadelphia, Temple University Press, 1993; *Imperial Designs*, London, Routledge, 2004; John Ehrman, *The Rise of Neoconservatism: Intellectuals and Foreign Affairs 1945-1994*, New Haven, Yale University Press, 1995; Mark Gerson, *The Neoconservative Vision: From Cold War to Culture Wars*, Lanham, MD, Madison Books, 1997; Ivo H. Daalder & James M. Lindsay, *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*, Washington DC, Brookings Institution, 2003; James Mann, *Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, London, Penguin Books, 2004; Stefan Halper & Jonathan Clarke, *America Alone: The Neo-Conservatives and the Global Order*, Cambridge University Press, 2004; Murray Friedman, *The Neoconservative Revolution: Jewish Intellectuals and the Shaping of Public Policy*, Cambridge University Press, 2005; Jacob Heilbrunn, *The Knew They Were Right: The Rise of the Neocons*, New York, Doubleday, 2008. Ver también Steven Hurst, “Myths of Neoconservatism: George W. Bush's ‘Neo-conservative’ Foreign Policy Revisited”, *International Politics*, vol. 42, n° 1, marzo 2005, pp. 75-96.

3. Hay una página web de información complementaria a la obra escrita de Justin Vaïsse, en: <http://neoconservatism.vaïsse.net/doku.php?id=start>

laid the groundwork for the arguments made by neoconservative unipolarists in the 1990s" (Cooper, p. 25). La particularidad del estudio que hace Cooper estriba en el énfasis otorgado a la agenda neoconservadora de avance de la democracia y los derechos humanos puesta en marcha en la década de los 70, y que los singulariza teóricamente frente a los integrantes de la escuela realista. Al aspecto concreto de la concepción neoconservadora de los derechos humanos, Cooper dedica justificadamente todo un capítulo (pp. 47-71) en donde quedan patentes dos extremos que ayudan a explicar y contextualizar históricamente actuaciones posteriores: primero, la asociación de los derechos humanos y naturales como parte indisoluble del credo fundacional americano; y segundo, la arraigada creencia de que los gobiernos se instituyen para proteger tales derechos, y que si este no fuera el caso los americanos se reservan el derecho, como pueblo elegido, de alterarlo o simplemente abolirlo.

Paralelamente, el enfoque utilizado por Vaïsse para aproximarse al objeto de su estudio no puede ser más idóneo. Desde la historia política y de las ideas, sin dejar de lado importantes consideraciones sociológicas, establece un recorrido secuencial en tres fases del movimiento neoconservador norteamericano, que el autor denomina "*the three ages of neoconservatism*".

La lógica del planteamiento cronológico que escoge el autor francés no carece en absoluto de fundamento, que queda explícito en el inicio de su particular "biografía" colectiva. Hace referencia, en efecto, al discurso pronunciado por George W. Bush en la sede del American Enterprise Institute el 26 de febrero de 2003⁴, pocas semanas antes de comenzar la invasión de Irak. En dicho discurso Bush volvió a recordar a los presentes algunos de los tópicos más queridos por los neoconservadores: el riesgo de contemporizar con dictadores, el poder transformador de los ideales democráticos y la aspiración universal de libertad que anida en todo ser humano (Vaïsse, pp. 1-2), la plena asunción de los cuales, según Vaïsse, han tenido un efecto contrario al deseado en relación a la invasión y subsiguiente ocupación de Irak. La debacle de la política de Bush en este país, prosigue el autor, puede ser entendida como el fracaso del neoconservadurismo, o más exactamente de cierta versión de neoconservadurismo (p. 3). Este razonamiento sugiere, de hecho, el argumento principal del libro de Vaïsse: que el tipo de neoconservadurismo aludido por Bush en el citado discurso tiene poco o nada que ver con el neoconservadurismo originario de los años 60, caracterizado por un marcado desdén por el valor de las ideologías.

Desentrañar la naturaleza de la metamorfosis experimentada por el neoconservadurismo americano —o, si se quiere, la distancia intelectual e ideológica que pueda mediar entre, por elegir un caso paradigmático, Irving Kristol y su hijo William Kristol—, es la empresa que se fija Vaïsse al establecer una división en tres etapas claramente diferenciadas. Al combinar esta dimensión temporal con un triple prisma histórico, sociológico e ideológico, resulta curioso observar cómo va cambiando visiblemente el perfil de los componentes de la

4. Ver texto de discurso de fecha 26 de febrero 2003. Disponible en: <http://www.guardian.co.uk/world/2003/feb/27/usa.iraq2>

comunidad neoconservadora, lo que nos puede permitir ir detectando las continuidades y discontinuidades subyacentes en la vertebración del movimiento neoconservador, si es que alguna vez se ha podido hablar de la existencia propiamente dicha de tal “movimiento”. Al fin y al cabo, el neoconservadurismo carece de una distintiva base electoral, económica o religiosa; tampoco ha tenido un líder indisputado o una jerarquía institucionalizada en la forma de partido político (Vaïsse, p. 4). A lo sumo se trata de una vaga “tendency” o “persuasion”, por utilizar algunos de los términos más al uso dados por figuras prominentes como Irving Kristol o Norman Podhoretz⁵.

Esta última cuestión no puede resultar en forma alguna ociosa ya que intentar dar una respuesta a la misma debería remitirnos, simultáneamente, a una definición más precisa del término “neoconservadurismo” o “neoconservador”. El propio Vaïsse, al intentar dar una explicación convincente de las esencias del neoconservadurismo, admite al final de la obra que “*neoconservatism is such a diverse thing that the term has always been close to meaningless*” (Vaïsse, p. 271), circunstancia que ha incidido en el carácter discontinuo, heterogéneo y contradictorio del neoconservadurismo. Vaïsse así lo reconoce al adoptar una clásica perspectiva histórica, que es la propia del historiador, distinguiendo tres impulsos formativos, tres diferentes lógicas intelectuales encuadradas en tres fases nítidamente acotadas.

Una primera etapa cubriría los años que van de 1965 a 1972, y estaría centrada únicamente en algunos de los asuntos domésticos de carácter político, social y cultural que estaban convulsionando la sociedad norteamericana del momento⁶ como pocas veces se recordaba en la historia del país desde la guerra civil (1861-1865); en sus orígenes el movimiento surgió como reacción a las actitudes propiciadas por la amalgama de movimientos contraculturales que convergieron en lo que se dio en llamar *New Left*, a la guerra de Vietnam y, no menos importante, a las consecuencias imprevistas que estaban teniendo algunas de las políticas sociales del gran proyecto de reforma social —*Great Society*— promovido por el presidente Johnson (LBJ). Los componentes de este primer grupo, de orígenes sociales modestos, procedían en buena medida de la intelectualidad judía de New York. En sus años formativos coincidieron muchos de ellos en el City College de la misma ciudad (CCNY), donde se formaron en la dialéctica marxista y en las disputas intelectuales con los comunistas stalinistas (Irving Kristol, Daniel Bell, Norman Podhoretz, Daniel P. Moynihan, Nathan Glazer, Seymour M. Lipset, por citar unos pocos). Contaban con publicaciones como *Commentary* (1945) y *The Public Interest* (1965).

Una segunda, que abarcaría las décadas de los 70 y 80 y se extendería hasta mediados de los 90, estaría focalizada predominantemente en una furibunda crítica a la estrategia de detente ejecutada por los realistas, proponiendo en su lugar una confrontación de línea dura frente a la Unión Soviética. Por su parte, los años 80 se iniciarían con la llegada de

5. Norman Podhoretz, “Neoconservatism —A Eulogy”, *Commentary*, marzo 1996, pp. 19-27; Irving Kristol, “The Neoconservative Persuasion”, *Weekly Standard*, 25 de agosto 2003, pp. 23-25.

6. Ver Maurice Isserman & Michael Kazin, *America Divided: The Civil War of the 1960s*, New York, Oxford University Press, 2000.

Reagan a la Casa Blanca y la consecuente migración parcial⁷ a la familia republicana de los demócratas desencantados, que se habían ido agrupando en torno a la carismática figura del senador Henry “Scoop” Jackson y la Coalition for a Democratic Majority (CDM), y dando continuidad a esta última, pero con un carácter bipartisano, el Committee on the Present Danger (CPD). Esta segunda generación se nutría básicamente de activistas demócratas radicados en Washington (Jeane Kirkpatrick, Eugene Rostow, Richard Perle, Paul Wolfowitz, Elliot Abrams, Joshua Muravchik, etc.) que se veían así mismos como los guardianes de las esencias del *Vital Center* o, dicho con otras palabras, del gran consenso liberal logrado en el país gracias, en primer lugar, a las políticas del New Deal de Roosevelt (FDR), y en segundo lugar, a la firme resolución de contener el comunismo en el exterior; así pues, progresistas en materia de derechos sociales y civiles, y declarados anticomunistas en el frente exterior (Vaïsse, p. 8).

Los años 80 de las administraciones de Reagan, presididos por una mal llamada “revolución conservadora”⁸, dejaron en los neoconservadores un sabor más bien agríndice, y ello debido fundamentalmente al paulatino acercamiento a posiciones más pragmáticas experimentado por la política exterior estadounidense. Si Reagan se convirtió en uno de los grandes iconos del neoconservadurismo fue, más que otra cosa, por la firmeza demostrada en el terreno doméstico en su profunda aversión a todo tipo de relativismo y tolerancia liberal (Drolet, p. 50), firmeza no incompatible —ya durante su segundo mandato y en la arena internacional—, con un sentido de estado y la historia que, a su vez, se vería reforzado por la sintonía personal que llegó a establecer con Gorbachev⁹. Fue, no obstante, esta progresiva flexibilidad —impulsada desde la Secretaría de Estado por George Shultz y su equipo de colaboradores—, lo que marcaría diferencias con los neoconservadores.

En este sentido, el final de la Guerra Fría no se debió, como después se ha dicho, al hecho de seguir una línea neoconservadora de política exterior sino, sobre todo, a la habilidad, a la rapidez de reflejos con que Reagan supo jugar la partida histórica que enfrentó. Por contraste, muchos neoconservadores se mostraron incapaces, posiblemente por rigidez intelectual, de entender los extraordinarios cambios que acompañaron las dinámicas históricas que se abrieron tras la caída del Muro de Berlín. Esta incapacidad hizo que muchos de ellos se quedaran anclados en una secuencia fija o, como escribe Vaïsse, “*frozen in time*” (Vaïsse, p. 197). Los años Reagan sirvieron, además, para hacer emerger otra

7. Seymour Martin Lipset, “Neoconservatism: Myth and Reality”, *Society*, vol. 25, n° 5, julio/agosto 1988, pp. 29-37.

8. Además de ser una contradicción en sus propios términos, las ideas que se pretenden evocar con tal expresión no podrían estar más alejadas de la realidad: durante las administraciones de Ronald Reagan no solamente se disparó el déficit fiscal y el conjunto del gasto federal, sino que, también, se incrementaron los impuestos, contradiciendo así la tradicional prudencia defendida por los conservadores en este terreno; además, la maquinaria burocrática estatal se vio significativamente incrementada como resultado del aumento del aparato militar y de seguridad. Comparativamente, algo similar ocurrió dos décadas después bajo la presidencia de George W. Bush. Ver Michael Kazin, “From Hubris to Despair: George W. Bush and the Conservative Movement”, en Julian E. Zelizer (ed.), *The Presidency of George W. Bush: A First Historical Assessment*, New Jersey, Princeton University Press, 2010, pp. 282-302.

9. Ronald Reagan, *An American Life: The Autobiography*, London, Hutchinson, 1990, p. 612.

cualidad distintiva de los neoconservadores: su desdén por la importancia del papel que juegan las grandes personalidades en el curso de la historia (Cooper, pp. 86 y 88). A diferencia de los neoconservadores, y dotado una naturaleza optimista que sobreponía sin dificultad a la imagen apocalíptica que del mundo comunista ofrecían aquellos, Reagan tuvo la intuición de la anticipación al saber acomodar los deseos de los soviéticos, especialmente de Gorbachev, ante un final que se hacía cada vez más previsible.

Coherentes con la importancia de estos años, tanto Cooper como Vaïsse dedican una considerable atención a toda esta segunda fase de la evolución del neoconservadurismo, que se inicia en 1972 con la creación de la CDM tras la estrepitosa derrota sufrida por el candidato demócrata George McGovern. La CDM, formada inicialmente con la intención de centrar el Partido Demócrata, que se había ido radicalizando por influencia de las prácticas auspiciadas por *New Politics/New Class*, vio la luz a través de un famoso manifiesto, “Come Home, Democrats”, escrito por Norman Podhoretz, Midge Decter y Jeane Kirkpatrick, en el que se urgía a los demócratas a rechazar de plano la clase de política exterior aislacionista que proponía McGovern y devolver el partido a lo que, según ellos, habían sido sus principios tradicionales en materia de política internacional: férrea contención del comunismo y defensa del papel de EE UU en el mundo (Vaïsse, pp. 89-90). Cuatro años más tarde, y después de la derrota del senador Henry “Scoop” Jackson a manos de Jimmy Carter, se organizaría otro grupo que ya hemos mencionado, el CPD, que bajo la dirección de Eugene Rostow y Paul Nitze se encargaría, normalmente con tonos alarmistas, de exagerar las capacidades militares soviéticas en la carrera de armamentos. Característica básica de esta organización fue, como apunta Vaïsse, su “*astounding divorce from reality*” (Vaïsse, p. 202), evidenciada hasta su extinción con la desintegración de la URSS.

No obstante estas diferencias, estos dos primeros eslabones generacionales sí compartían algunos rasgos que se hicieron palpables entre finales de los 70 y principios de los 80: tenían los mismos enemigos —*New Left-New Politics-New Class*—, se movían en los mismos círculos y trabajaban en los mismos *think-tanks* vinculados con determinados grupos de la órbita de *Commentary* y el American Enterprise Institute (AEI). Con todo, el nexo más importante de ambos grupos, tal y como escribió Jeane Kirkpatrick en un conocido artículo, residía en el hecho de proceder de un mismo pasado liberal¹⁰.

Una tercera y última etapa iría de 1995 —con la fundación de *Weekly Standard*— a 2008, tras el final de la Guerra Fría y la desaparición de la otra gran superpotencia, y aspiraría a la consecución de la hegemonía global a través de una indiscutida preponderancia militar (Cooper, p. 41) arropada convenientemente por la retórica de la promoción de la democracia y los derechos humanos —“Wilsonianism with boots”, (Vaïsse, p. 12) —. A diferencia de las dos anteriores, la tercera generación estaría formada ya por republicanos sin ningún tipo de complejos. Sus más destacados exponentes (William Kristol, Robert Kagan, David Brooks, Max Boot, David Frum, Lawrence Kaplan, Gary Schmitt, entre

10. Jeane Kirkpatrick, “Neoconservatism as a Response to the Counter-Culture”, en Irwin Stelzer (ed.), *The Neocon Reader*, New York, Grove Press, 2004, pp. 233-240.

otros) ya no son ni antiguos trotskyistas ni desilusionados demócratas; son, en lo fundamental, activos personajes públicos de la derecha conservadora de su país que, para marcar diferencias con otras corrientes que integran esta última, propugnan un Estado fuerte en lo militar como base esencial para alcanzar una última meta: “*national greatness*” como base para la satisfacción de los intereses nacionales¹¹, y cuya consecución pasa indefectiblemente por un rearme moral interno y externo de la sociedad norteamericana¹².

Consecuentemente, el interés primordial de este grupo se centra en propugnar una política exterior muscular que permita a EE UU modelar el mundo de acuerdo a sus intereses nacionales, entre los que incluyen la promoción de la democracia. Desde su punto de vista, hay factores que operan en contra de estos objetivos declarados: un orden internacional multipolar que, por naturaleza y experiencia histórica, tiende a ser fuente continua de inestabilidad; además, están instituciones internacionales como Naciones Unidas que carecen de legitimidad democrática y la fuerza necesarias para garantizar un orden internacional estable, lo que no deja otra alternativa que la consecución de una “hegemonía benevolente” que equipara implícitamente *Pax Americana* con *Pax Democratica* (Vaïsse, p. 234; Drolet, p. 144). La ingenuidad de esta creencia puede achacarse, como apunta Vaïsse hacia el final del libro, a un conjunto de serias limitaciones entre las que no faltaría una importante dosis de arrogancia intelectual que no se puede disociar de la cultura nacionalista estadounidense. Una derivación de dicha arrogancia, según Vaïsse, vendría en la forma de “*intellectual laziness*”, que sería a su vez el sustrato de lo que el autor califica de “*democratic dogmatism*” (Vaïsse, p. 265), propagado intensamente por toda una legión de “*new fundamentalists*” que, al no dudar del carácter benéfico de la hegemonía estadounidense, han debilitado la autoridad moral de EE UU¹³. Este absolutismo mental y conceptual podría muy bien estar en el origen, como se ha demostrado en el caso de Irak, de intentar sustituir realidades objetivas sobre el terreno por ficciones ideológicas, tal y como ha escrito Patricia Owens recordando las reflexiones hechas en el mismo sentido por Hannah Arendt¹⁴.

Es en este espíritu que el neoconservador *think-tank* Project for a New American Century (PNAC) fue creado en 1997 con la finalidad de perfilar, una vez concluida la Guerra Fría, una unificada y genuina visión neoconservadora de política exterior para EE UU que, además, aspiraba a ser conocida por la clase política del país (Cooper, p. 44). Elaborada por William Kristol y Robert Kagan, la declaración de principios del PNAC fijaba cinco grandes objetivos: 1. Desafío a regímenes hostiles que amenazan los intereses de EE UU;

11. Para el académico Michael C. Williams, “*the idea of national greatness and its necessity is a key dimension of the neoconservative vision of the American national interest*”, en “What is the National Interest? The Neo-conservative Challenge in IR Theory”, *European Journal of International Relations*, vol. 11, n° 3, septiembre 2005, pp. 307-337.

12. William Kristol & Robert Kagan, “Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy”, *Foreign Affairs*, vol. 75, n° 4, julio/agosto 1996, pp. 18-32.

13. G. John Ikenberry, “The End of the Neo-Conservative Moment”, *Survival*, vol. 46, n° 1, 2004, pp. 7-22.

14. Patricia Owens, “Beyond Strauss, lies, and the war in Iraq: Hannah Arendt’s critique of neoconservatism”, *Review of International Studies*, vol. 33, n° 2, 2007, pp. 265-283.

2. Incremento sustancial de la partida de gasto militar; 3. Promoción de la libertad política y económica en el exterior; 4. Reforzamiento de los vínculos con las democracias aliadas; y 5. Aceptar la responsabilidad que corresponde a EE UU como único actor capaz de preservar y extender un orden internacional amistoso y en sintonía con su propia seguridad y prosperidad (Drolet, pp. 146-147). La idea básica consistía, tal y como reconoció Wolfowitz, en evitar a toda costa que cualquier poder regional hostil pudiera controlar una cantidad tal de recursos que le permitiera desafiar la primacía global norteamericana¹⁵.

En lo sustancial, el PNAC reformulaba las ideas que habían sido esbozadas en el controvertido documento Defense Policy Guidance, preparado por Paul Wolfowitz para el Pentágono —y filtrado a *The New York Times* el 8 de marzo de 1992—, donde se abogaba decididamente por la primacía hegemónica de un solo país que no podía ser otro que EE UU: “*America would be kept strong, in other words, and others should be kept weak*” (Cooper, pp. 110 y 123). La oportunidad de ejecutar este grandioso proyecto vino dada tras los ataques del 11-S, que fueron utilizados para reactualizar la agenda de promoción democrática —uno de los pilares de la Doctrina Bush de 2002—, en términos de lucha de civilizaciones; lucha en la que el mundo árabe-musulmán, con Oriente Medio a la cabeza, era concebido como un conglomerado disfuncional, un foco endémico de terrorismo presidido por el fanatismo, la opresión y el atraso económico, cuya solución pasaba inexorablemente por abrir sus puertas a la democracia y la modernidad¹⁶. Por diferentes razones, Irak, que había estado en el punto de mira de los neoconservadores desde hacía algunos años (Vaïsse, p. 239), pasó a primer plano como la primera ficha en un visionario plan de ingeniería social que implicaba la remodelación de toda la zona, con el resultado que todos conocemos y sobre el que parece haber cierto consenso¹⁷: el mayor fiasco cosechado por la política exterior de EE UU en toda su historia con la consiguiente pérdida de imagen y prestigio (Vaïsse, p. 260; Cooper, p. 122; Drolet, p. 151).

Otra cuestión diferente, visto el catastrófico estado en que quedó sumido Irak tras una fulgurante campaña militar¹⁸, es el visible esfuerzo hecho por significados neoconservadores, dentro y fuera de los centros de decisión, por distanciarse de las acciones que condujeron a aquella situación de caos en el periodo posterior de ocupación de aquel país, y por las que ellos habían abogado tan insistentemente. De aquí al más puro cinismo solo hay un paso, dado a principios de 2009 cuando Richard Perle manifestó en un artículo de prensa que “*there was no such a thing*

15. Paul Wolfowitz, “Statemanship in the New Century”, en Robert Kagan & William Kristol (eds.), *Present Dangers: Crisis and Opportunities in American Foreign and Defense Policy*, San Francisco, Encounter Books, 2000, pp. 307-336.

16. Charles Krauthammer, “Three Cheers for the Bush Doctrine”, *Time*, vol. 165, n° 11, 14 de marzo 2005, pp. 28-29.

17. Jonathan Freedland, “Bush’s Amazing Achievement”, *The New York Review of Books*, vol. 54, n° 10, 14 de junio 2007. Disponible en: <http://www.nybooks.com/articles/archives/2007/jun/14/bushs-amazing-achievement/>

18. Arthur Schlesinger Jr., “The Making of a Mess”, *The New York Review of Books*, vol. 51, n° 14, 23 de septiembre 2004, pp. 40-43; y Peter W. Galbraith, “The Mess”, *The New York Review of Books*, vol. 53, n° 4, 9 de marzo 2006, pp. 27-30.

as a neoconservative foreign policy”¹⁹, y que por tanto su posible influencia había sido grotescamente exagerada (Vaïsse, p. 257). La culpabilidad de lo ocurrido, para Perle y otros neoconservadores, debía recaer en el número uno del Pentágono, Rumsfeld, que en su afán de llevar a cabo una guerra rápida, limpia y lo más económica posible no había diseñado un plan apropiado de reconstrucción²⁰ para un Irak post-Saddam. Se olvidaba así, deliberadamente, que el colaborador más inmediato de Rumsfeld, Paul Wolfowitz, compartía en gran medida la misma visión estratégica —heredada del mentor intelectual de Perle y Wolfowitz, el analista estratégico Albert Wohlstetter—²¹, una visión considerada irrealista por destacados mandos militares que implicaba la asignación decreciente del número de tropas sobre el terreno —que además no habían sido entrenadas en labores de *nation-building*—, lo que, tal y como relata Bush Jr. en sus memorias, constituyó con diferencia el mayor error en la ejecución de la guerra²².

Hoy por hoy, sí podríamos confirmar ya varios hechos relativamente contrastados. Primero, que una mayoría de neoconservadores se decantaron por John McCain en detrimento de George W. Bush en el 2000. Segundo, que Bush llegó a la presidencia del país sin experiencia en cuestiones de política internacional, y que su equipo de más estrechos colaboradores (Richard Cheney, Donald Rumsfeld, Condoleezza Rice, Colin Powell) estaba formado por personas que habían mostrado, antes del 11-S, una sensibilidad típicamente realista²³. Tercero, que tras los sucesos de tan señalada fecha, estas mismas personas, especialmente “nacionalistas asertivos” como Cheney y Rumsfeld, asumieron sin gran dificultad el marco interpretativo en el que habían venido trabajando los neoconservadores desde tiempo atrás. Y cuarto, que la amarga experiencia en Irak hizo que el presidente Bush fuera virando hacia posiciones más realistas en temas de política internacional y estrategia militar, uno de cuyos resultados más positivos fue, siguiendo el consejo de los generales David Petraeus y Raymond Odierno, la relativa estabilización de Irak tras el incremento de tropas, o “surge”, que tuvo lugar en 2007 (Vaïsse, pp. 258-259).

Es precisamente en la consideración general de la cuestión irakí que el tono de Vaïsse, neutral a lo largo de todo el texto, adquiere cierta dureza crítica. Evita, eso sí, cualquier tipo de estridencia o exageración a la hora de atribuir responsabilidades ya que entiende, no sin razón, que la influencia ejercida por los neoconservadores dentro de la Administración fue una fuente de inspiración entre otras en el complejo proceso de toma de decisiones (Vaïsse, p. 261), lo que deja a un margen la ingente cantidad de imágenes caricaturescas y teorías conspirativas que se han extendido al respecto²⁴. Serán la distancia y el

19. Richard Perle, “Ambushed on the Potomac”, *National Interest*, n° 99, enero/febrero 2009, pp. 35-44.

20. Para uno de los mejores conocedores del desarrollo de la guerra de Irak se trató de “*The worst plan war plan in American history*”, en Thomas Ricks, *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq*, New York, Penguin Press, 2006, p. 116.

21. Elizabeth Drew, “The Neocons in Power”, *The New York Review of Books*, vol. 50, n° 10, 12 de junio 2003. Disponible en: <http://www.nybooks.com/articles/archives/2003/jun/12/the-neocons-in-power/>

22. George W. Bush, *Decision Points*, New York, Crown Publishers, 2010, p. 268.

23. Condoleezza Rice, “Promoting National Interest”, *Foreign Affairs*, vol. 79, n° 1, enero/febrero 2000, pp. 45-62.

24. Robert J. Lieber, “The Neoconservative-Conspiracy Theory: Pure Myth”, *The Chronicle of Higher Education*, vol. 49, n° 34, 2 de mayo 2003, pp. B-14-B-15.

trabajo de los historiadores los que, en última instancia, determinarán el grado real de influencia que los neoconservadores ejercieron en la dirección de la política exterior de su país y en la malhadada aventura de Irak.

Es posible que el episodio de Irak nos pueda hacer recordar, tal y como escribió Kissinger en un contexto distinto, que hay ocasiones en que es difícil saber si las naciones aprenden realmente algo de la historia, y si cuando lo hacen, sacan las debidas conclusiones. Aunque no es difícil ver que las consecuencias de la guerra de Irak se seguirán sintiendo a muy largo plazo, sería interesante saber qué lecciones, si alguna, podrán sacar el pueblo americano y sus dirigentes de la misma. En el futuro se podría recordar, tal vez, como la desafortunada ejecución de unos ideales nobles sepultados a miles de kilómetros de distancia.

Otra posibilidad es que dicha guerra se considere como el producto de los intereses de *lobbies*, *think-tanks*, *networks* de comunicación que conforman el mundo donde operan aquellas personas dedicadas a la producción y promoción de ideas (Cooper, p. 164). No por casualidad, ha sido en todo este entramado donde los neoconservadores, generación tras generación, han prosperado haciendo conocer sus opiniones sobre un amplio abanico de temas —cultura, moral, religión, economía, reformas sociales, política exterior, etc.—, consiguiendo dos innegables éxitos: primero, la dinamización y renovación intelectual de una parte importante de esa constelación de corrientes que es el movimiento conservador americano; y segundo, la consolidación de un contrapeso frente al que, para ellos, es un *establishment* de signo predominantemente liberal²⁵.

Podría ocurrir también, como manifestó George W. Bush, que sea finalmente la historia la que termine reivindicando su legado (Vaisse, p. 259) —y el de los neoconservadores en el Gobierno—, en relación a sus pretendidos deseos de democratizar todo Oriente Medio. Si ello no fuera así —que es la hipótesis del propio Vaisse—, podría resultar verosímil que los neoconservadores sean retratados como unos idealistas mesiánicos que, investidos de providencialismo y cegados por las inmensas capacidades del poder americano en el mundo, creyeron ingenuamente en la posibilidad de llevar a cabo un proyecto utópico de transformación democrática del que, es fácil suponer, hubieran desconfiado los neoconservadores de las dos primeras generaciones. Dada la simpleza intelectual de la que partían, resumida en la asunción de que “*democracy is the default regime, which emerges spontaneously when a tyrant is overthrown*” (Vaisse, p. 266), y que se manifiesta también —como pone de relieve Vaisse en la misma página—, en la exhibición de un orientalismo ignorante, habría que preguntarse qué enseñanzas extrajeron los neoconservadores de tercera generación de sus predecesores²⁶.

25. Donald T. Critchlow, “The Power of Ideas and Institutions”, *The Conservative Ascendancy: How the Right Made Political History*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2007, pp. 104-122; y Sidney Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment: The Conservative Ascent to Political Power*, New York, Sterling Publishing Co., Inc, 2008.

26. Ver Daniel P. Moynihan, “Was Woodrow Wilson Right?”, *Commentary*, vol. 57, nº 5, mayo 1974, pp. 25-31; Jeane Kirkpatrick, “Dictatorships and Double Standards”, *Commentary*, vol. 68, nº 5, noviembre 1979, pp. 34-45; y Daniel Bell, “The cultural contradictions of capitalism”, *The Public Interest*, nº 21, Fall 1970, pp. 16-43.

Entre las cuestiones más controvertidas asociadas con el neoconservadurismo cabría detallar, por su interés, las siguientes:

a) Desde un prisma estrictamente ideológico, y como intelectuales reconocidos que son²⁷, los neoconservadores no han olvidado el valor de las ideas en general (Cooper, p. 8), y la importancia que estas desempeñan en el mundo político moderno en particular: “*It is ideas that establish and define in men’s minds the categories of the politically possible and the politically impossible, the desirable and the undesirable, the tolerable and the intolerable*”²⁸. Para ellos la ideología se configura como el auténtico frente de lucha en la vida política, que se inserta en una lucha más amplia y de mayor alcance que concierne directamente a una de las cuestiones fundamentales, tal y como la expresara sintéticamente Irving Kristol: “*the key question: who owns the future*”²⁹.

Vinculado a ello está también la misma forma anti-liberal y schmittiana en que conciben y construyen “el concepto de lo político”, esto es, como una interminable confrontación dialéctica necesitada de la existencia permanente de un enemigo, un “otro” que dé sentido a cualquier acción política. Esta visión de la política, que los neoconservadores han tendido a exteriorizar tradicionalmente con notoria beligerancia, reviste la mayor importancia ya que nos permite reconocer al neoconservadurismo americano por lo que realmente es, y no por lo que afirma Vaïsse que es: “*their Wilsonianism, their moralism, their penchant for upsetting the status quo, and their defence, for foreign policy reasons, of a strong state with a powerful military—all these are traits that neoconservatives share more with liberal than with conservatives—*” (p. 278). La contradictoria forma en que Vaïsse establece esta correspondencia entre política doméstica e internacional, siendo esta también la mayor crítica que le hace Drolet, no capta en toda su complejidad los fundamentos intelectuales políticos del neoconservadurismo como tal. En términos de rearme moral de la sociedad americana, es cierto que favorecen un Estado con inclinaciones militaristas y expansionistas, pero su visión del orden internacional, y los valores y objetivos que animan lo que para ellos es un incesante proyecto transformador, tienen poco que ver con lo que tradicionalmente ha sido el internacionalismo liberal. Entendiendo por este un conjunto de principios y prácticas como la autodeterminación, la seguridad colectiva, la potenciación de instituciones y marcos multilaterales, el respeto por el Derecho Internacional y, lo más importante, las medidas e incentivos que incidan en el cambio gradual de un estado de anarquía *hobessiano* a un orden global donde puedan ser efectivos los derechos humanos (Drolet, p. 207).

b) De capital importancia en la profundización del conocimiento de la naturaleza neoconservadora es la posibilidad de barajar sucesivas hipótesis sin dejar de destruir varios

27. Para una definición del término “intelectual” desde la óptica neoconservadora, ver el editorial “What is the Public Interest?”, firmado por Irving Kristol y Daniel Bell para el primer número de *The Public Interest*, Fall 1965; también en Irving Kristol, “American Intellectuals and Foreign Policy”, *Foreign Affairs*, vol. 45, n° 4, julio 1967, pp. 594-609.

28. Irving Kristol, *Reflections of a Neoconservative*, New York, Basic Books, 1983, p. 106.

29. *Ibid.*, pp. 253-256.

mitos creados en torno a la misma. Uno de los más publicitado de estos es, probablemente, el papel del pensamiento del profesor Leo Strauss en el diseño y praxis de la política exterior neoconservadora bajo Bush Jr., sobre todo a raíz de la invasión de Irak en 2003, lo que podría haber permitido el establecimiento de una “*veritable industry*”, una realidad que Vaisse desecha directamente (Vaisse, p. 271). El caso de Strauss —toda una mitología que gira en torno a su persona y su peculiar forma de enseñar Filosofía Política—, es realmente curioso porque, aparte de la previsible lectura descontextualizada de figuras como “*regimen change*”, “*noble lie*”, “*moral clarity*”, etc., nadie ha explicado convenientemente —en la suposición de que exista algo que podamos llamar con toda propiedad “*straussismo*”—, en qué forma se ha traducido dicha influencia, o qué ha habido de específicamente straussiano para justificar un ejercicio de poder imperial. Tal como ha escrito Francis Fukuyama, discípulo declarado de Allan Bloom, quien a su vez lo fuera de Strauss, “*more nonsense has been written about Leo Strauss and the Iraq war than on virtually any other subject*”³⁰. Paul Wolfowitz ha minimizado la posible influencia straussiana en su propia forma de pensar y en el desencadenamiento de la guerra de Irak³¹. Incluso la propia hija de Strauss manifestó su sorpresa al ver cómo su padre era señalado como el cerebro o “*mastermind behind the neoconservative ideologues who control United States foreign policy. He reaches out from his 30-year-old-grave, we are told, to direct a ‘cabal’ (a word with distinct anti-Semitic overtones) of Bush administration figures hoping to subject the American people to rule by a ruthless elite*”³².

Con las excepciones de Irving y William Kristol, la mayoría de intelectuales neoconservadores interesados en política internacional (además de Wolfowitz, podríamos citar Robert Kagan, Joshua Muravchik, Jeane Kirkpatrick, Daniel P. Moynihan, Henry “Scoop” Jackson, Richard Perle, Norman Podhoretz) han tenido una tenue o inexistente vinculación con Strauss (Cooper, p. 30). En uno de los más esclarecedores ensayos escritos a este respecto, Catherine y Michael Zuckert han enfatizado el hecho de que en el primer libro dedicado al estudio de los neoconservadores, *The Neoconservatives: The Men Who Are Changing America’s Politics* (1979), de Peter Steinfels, no se contiene ni una sola referencia a Strauss y su supuesta influencia sobre los neoconservadores³³. Un reciente estudio igualmente crítico ha señalado el carácter marcadamente anti-liberal y anti-democrático del pensamiento straussiano, y sus conexiones con las prácticas de algunos de sus autoproclamados discípulos en el Gobierno³⁴. Aquel carácter y estos supuestos vínculos han sido sin embargo seriamente cuestionados por Steven Smith, para quien Leo Strauss “*has been*

30. Francis Fukuyama, *America at the Crossroads: Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*, New Haven, Yale University Press, 2006, p. 21.

31. Sam Tannenhaus, “Bush’s Brain Trust”, *Vanity Fair*, nº 515, julio 2003, p. 114.

32. Jenny Strauss Clay, “The Real Leo Strauss”, *The New York Times*, 7 de junio 2003. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2003/06/07/opinion/the-real-leo-strauss.html>

33. Catherine & Michael Zuckert, *The Truth about Leo Strauss: Political Philosophy and American Democracy*, Chicago, Chicago of University Press, 2006, p. 265.

34. Nicholas Xenos, *Cloaked in Virtue: Unveiling Leo Strauss and the Rhetoric of American Foreign Policy*, New York, Routledge, 2008.

declared an enemy of democracy and a partisan of the radical Right”, preguntándose a continuación, “*But where did Strauss even remotely imply this?*”³⁵.

Es cierto, tal y como escribiera Mark Lilla en dos destacados ensayos³⁶, que en la década de los años 50 y 60 los devotos seguidores de Strauss se limitaron a seguir el ejemplo del maestro, dedicándose exclusivamente al estudio de los grandes libros de filosofía. Para ello adoptaron las formas aristocráticas de interpretación que Strauss había introducido sin, al mismo tiempo, dejar de compatibilizarlas con el contexto político y social de una democracia liberal como la norteamericana. Sin embargo, las revueltas que sacudieron la sociedad americana en los 60 cambiaron las percepciones de los cerrados círculos straussianos, muchos de cuyos miembros experimentaron un reflejo proceso de radicalización y politización intelectual del que algunos jamás se llegarían a recobrar plenamente.

En cualquier caso, y hasta la actualidad, mientras la mayoría de ellos optaron por permanecer al margen de la lucha partidista, otros decidieron, tras la muerte de Strauss en 1973, ir congregándose en torno a las figuras neoconservadoras del momento. Considerando que cierto número de neoconservadores habían estudiado con Strauss o con algunos de sus mejores alumnos en los 60, la convergencia entre straussianos y neoconservadores fue en cierta medida natural. Prominentes straussianos como Allan Bloom, Thomas Pangle, Harry Jaffa, Harvey Mansfield, Ralph Lerner, Joseph Cropsey, Carnes Lord, Donald Kagan, Martin Diamond, Clifford Orwin y Walter Berne contribuyeron a reforzar intelectualmente el proyecto político de los neoconservadores, quienes, a su vez, pusieron al servicio de aquellos toda una maquinaria política y mediática con la que difundir sus ideas. Más importante de todo, el encuentro de ambos grupos tuvo como punto lógico de conexión el proceso de intelectualización crítica que, sobre la crisis de la modernidad, había desarrollado Strauss y que, como escribe Drolet, se convirtió en uno de los rasgos más característicos de la “persuasión” neoconservadora (Drolet, p. 89).

Además, está el tremendo respeto con que Strauss veía el mundo islámico y sus tradiciones filosóficas. Sus puntos de vista sobre “esoterismo” en la lectura de textos filosóficos derivan en gran parte, como ha escrito Pangle, del profundo conocimiento que tenía de los grandes teóricos judíos y musulmanes —especialmente al-Farabi y Maimónides— de la Edad Media³⁷. Fue precisamente el descubrimiento del pensamiento de aquellos filósofos lo que llevaría a Strauss a plantearse la dialéctica entre política y religión, entre verdad y revelación, entre Atenas y Jerusalén. El respeto que Strauss sentía por las contribuciones filosóficas de aquellos pensadores y aquel mundo contrasta vivamente con la visión abrasiva expuesta por intelectuales y publicistas neoconservadores, quienes después del 11-S

35. Steven B. Smith, *Reading Leo Strauss: Politics, Philosophy, Judaism*, Chicago, Chicago of University Press, 2006, p. 12.

36. Mark Lilla, “Leo Strauss: The European”, *The New York Review of Books*, vol. 51, nº 16, 21 de octubre 2004, pp. 58-60; y “The Closing of the Straussian Mind”, *The New York Review of Books*, vol. 51, nº 17, 4 de noviembre 2004, pp. 55-58.

37. Thomas L. Pangle, *Leo Strauss: An Introduction to His Thought and Intellectual Legacy*, Maryland, MD, Johns Hopkins University Press, 2006, pp. 58-59.

manifestaban abiertamente la suma importancia que tenía para el poder americano hacer sentir su fuerza en esta zona del mundo, un lugar geográfico donde, tal y como escribió Charles Krauthammer, “*power, above all, commands respect*”³⁸.

c) Otro punto de contención que no ha estado exento de polémica, sobre todo tras la publicación de un polémico ensayo por parte de dos profesores norteamericanos³⁹, y que afecta directamente a otra de las esencias características del movimiento neoconservador, es el peso del componente judío dentro de este último. Aquí Vaïsse parte de una doble evidencia: primero, que ni todos los judíos son neoconservadores ni todos los neoconservadores son judíos. De hecho, algunas de las más prominentes figuras del neoconservadurismo americano no son judías (Kirkpatrick, Moynihan, Novak, “Scoop” Jackson, etc.); y segundo, la sobrerrepresentación relativa que han tenido históricamente los judíos en el movimiento neoconservador, y que puede resultar paradójica si se tiene en cuenta que la comunidad judía norteamericana, aunque heterogénea y no monolítica, ha estado tradicionalmente alineada dentro del campo liberal en calidad de base electoral del Partido Demócrata.

Es este segundo aspecto, según Vaïsse, el que tiene que ser explicado en base a variables históricas y, fundamentalmente, sociológicas, que es lo que ha hecho Jacob Heilbrunn, el autor que Vaïsse cita explícitamente (Vaïsse, pp. 274-275). El problema reside aquí, como reconoce Vaïsse, en que los argumentos desarrollados por Heilbrunn sobre el impacto de determinadas experiencias históricas —el Holocausto, el inicio como inmigrantes de una nueva vida en EE UU, las discriminaciones sufridas dentro de la sociedad norteamericana—, pueden ser plausibles para explicar mentalidades de neoconservadores como Podhoretz, pero no así en el caso de personalidades como Robert Kagan o Paul Wolfowitz (Cooper, p. 33). En relación a Israel se señala la cercanía de cierto número de neoconservadores del tercer grupo (Perle, Wurmser, Feith, Abrams) a las posiciones del Likud israelí, aunque se matiza que un sionismo radical de este tipo no es ni mucho menos compartido por todos los neoconservadores, además de no explicar tampoco la visión más general que tienen los neoconservadores del escenario internacional. Cabría añadir en este sentido que, al poner demasiado énfasis en la importancia de la corriente sionista dentro del neoconservadurismo, se olvida con frecuencia que existen otras sensibilidades no menos importantes dentro de este, y que están enraizadas en la propia cultura política americana.

38. Charles Krauthammer, “Its Time to Change Regimes”, 28 de septiembre 2001. Disponible en: http://townhall.com/columnists/charleskrauthammer/2001/09/28/its_time_to_change_regimes

39. Este artículo fue ampliado en un posterior libro, donde sus autores argumentan entre otras cosas que “*Jews comprise the core of the neoconservative movement. In this sense, neoconservatism is a microcosm of the larger pro-Israel movement. Jewish Americans are central to the neoconservative movement, just as they form the bulk of the lobby, but non-Jews are active in both*” (p. 132); también se afirma en el mismo que los neoconservadores americanos comparten una doble lealtad hacia Estados Unidos e Israel, lo que les lleva a pensar que “*their policy prescriptions will benefit both countries*” (p. 131), en John Mearsheimer & Stephen Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy*, London, Penguin Books. De los mismos autores, ver también “The Israel Lobby”, *London Review of Books*, vol. 28, n° 6, 23 de marzo 2006, pp. 3-12. Disponible en: <http://www.lrb.co.uk/v28/n06/john-mearsheimer/the-israel-lobby>

En un sentido más global, lo que sí faltan son estudios que ayuden a explicar la complejidad en las actitudes existentes dentro de la comunidad judía americana en relación al estado de Israel, lo que denota también la falta de un serio interés de investigación actualizada que indague en la historia, la sociología y la cultura política específicas de los judíos americanos⁴⁰.

d) Un último y no menos polémico objeto de polémica sería, en el intento de definir la esencia característica del neoconservadurismo a través del tiempo, su carácter nacionalista. En este sentido, Vaïsse propone su propia interpretación según la cual el neoconservadurismo sería, antes que nada, una forma de reacción patriótica ante la pérdida de los valores tradicionales americanos. Se ve así a los neoconservadores actuando, a través de puntuales pulsiones generacionales, como conciencia moral de una sociedad norteamericana a la que se insta a un renacimiento, a una vuelta a los momentos fundacionales y a los principios republicanos que forjaron la nación. Los neoconservadores son, según Mark Lilla, reaccionarios *counter-establishment*⁴¹, anti-anti-América, que se oponen por igual tanto a los que piensan que EE UU es un poder malévolo e imperialista en el mundo, como a los que ven a su país como una plutocracia racista y opresiva. Desde el punto de vista de la política exterior norteamericana, estas acusadas reacciones configurarían una manifestación nacionalista de lo que se ha dado en llamar *American exceptionalism*: “[...] *An avatar of American messianism, as the expression of an underlying nationalism that has been present since the country was born*” (Vaïsse, p. 278).

Ciertamente el neoconservadurismo ha tenido mucho de nacionalismo estridente y combativo, pero se incurriría en un reduccionismo demasiado simplista atribuir su vigencia en el tiempo a esta circunstancia. En la afirmación de Vaïsse a este respecto falta, por tanto, mayor precisión adjetiva para describir y acotar un nacionalismo típicamente neoconservador que lo diferencie de otro tipo de nacionalismos americanos (el que encarnan el *Tea Party* y *Fox News*, el nativista y supremacista de grupos extremistas de militantes blancos, el mesiánico y sionista de la derecha evangélica, el multicultural-cosmopolita de Barack Obama, el liberal-internacionalista de los wilsonianos, el pragmático de los Clinton, etc.).

En cualquier caso, no sería problemático adscribir los neoconservadores de segunda y tercera generación a una clase de “nacionalismo universalista” que hunde sus raíces en los mismos fundamentos políticos —liberales— y religiosos —protestantes—, que dieron lugar al nacimiento de EE UU. Este tipo de nacionalismo tendría así, como un producto típico de la cultura nacionalista americana, una acusada impronta mesiánica (Cooper, p. 18), como por otra parte ya pusiera de relieve Lieven en una obra de referencia⁴². Un nacionalismo americano que daría continuidad, en el frente externo, a corrientes ideológicas ya

40. Brandon High, “The Recent Historiography of American Neoconservatism”, *The Historical Journal*, vol. 52, nº 2, 2009, pp. 475-491.

41. Mark Lilla, “The Pleasures of Reaction”, *The New Republic*, 27 de febrero 2008.

42. Anatol Lieven, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, London, HarperCollinsPublishers, 2004.

presentes en las tradiciones de política exterior del país o, en sentido más amplio, en las matrices básicas de valores, intereses e ideología que han inspirado la actuación exterior de EE UU a lo largo de su historia⁴³. Desde este punto de vista, un estudio de la Doctrina Bush —plasmada en la conocida *National Security Strategy* (NSS), de septiembre de 2002—, avala este razonamiento al mezclar elementos wilsonianos y rooseveltianos, es decir, principios clásicos del internacionalismo liberal combinados con una insistencia en la importancia del poder militar. En síntesis, una asociación de idealismo y militarismo que, lejos del radicalismo con que ha sido presentada, es, para algunos autores, perfectamente coherente con la historia nacional de EE UU: “*The Bush administration, while its strategies appeared radical to some, was also in important ways the natural flower of its national history*”⁴⁴.

Algunos de los instrumentos más polémicos designados para implementar esta doctrina —*unilateralism, pre-emption, prevention, hegemony*— habían sido ya puestos en práctica en el siglo XIX por los presidentes John Quincy Adams y Thomas Jefferson⁴⁵, dando lugar con ello a cíclicas reacciones expansivas íntimamente relacionadas con el estilo de vida americano. En épocas más recientes, podríamos citar también los casos de otras Administraciones: el ataque aéreo a Libia ordenado por Reagan, la intervención de Johnson en la República Dominicana, el bloqueo de Cuba por Kennedy, el bombardeo de Laos y Camboya por Kissinger, el despliegue de fuerzas en Líbano por Eisenhower⁴⁶. Incluso el objetivo último que daba sentido a toda la gran estrategia neoconservadora, la ambición de dominación mundial que habría de descansar en la superioridad de las capacidades militares de EE UU, se puede fácilmente rastrear solamente unas décadas atrás, al inicio de la Guerra Fría. El conocido como *Report to the National Security Council-NSC 68*, de 12 de abril de 1950, con diferencia el documento de estrategia más importante de esta era —y fundamental para entender el pensamiento estratégico que décadas más tarde desarrollarían los neoconservadores en el poder⁴⁷—, se formuló primariamente con un enfoque de carácter preventivo —impedir la dominación de Eurasia y el resto del mundo por parte de la URSS, que en 1944 había sido sugerida a Stalin en el memorándum elaborado por el diplomático soviético Maisky⁴⁸—, pero afirmando al mismo tiempo la necesidad de alcanzar por medios militares una supremacía a escala global⁴⁹.

43. Ver Jonathan Monten, “The Roots of the Bush Doctrine Power, Nationalism, and Democracy Promotion in the U. S. Strategy”, *International Security*, vol. 29, nº 4, Spring 2005, pp. 112-156.

44. Adam Quinn, *US Foreign Policy in Context: National Ideology from the Founders to the Bush Doctrine*, New York, Routledge, 2010, p. 165.

45. Ver John Lewis Gaddis, *Surprise, Security and the American Experience*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004.

46. Melvyn P. Leffler, “9/11 and the past and future of American foreign policy”, *International Affairs*, vol. 79, nº 5, 2003, pp. 1045-1063; y “9/11 in Retrospect: George W. Bush’s Grand Strategy, Reconsidered”, *Foreign Affairs*, vol. 90, nº 5, septiembre/octubre 2011, pp. 33-44.

47. Andrew J. Bacevich, *The Limits of Power: The End of American Exceptionalism*, New York, Metropolitan Books, 2009, pp. 107-119.

48. Michael Lind, *The American Way of Strategy: U. S. Foreign Policy and the American Way of Life*, New York, Oxford University Press, 2006, pp. 110-111.

49. En dicho documento, cuya realización corrió a cargo de Paul Nitze para su entrega al presidente Truman, se establecía lo siguiente en orden a impulsar la agenda internacional norteamericana: “*The United States*

Sin embargo, este último tipo de planteamiento, discutible por la interesada lectura que se hace de episodios puntuales de la historia nacional estadounidense, y orientado deliberadamente con la intención de construir una racionalización intelectual que justifique lo que no ha sido otra cosa que una forma abusiva de poder, tal y como ha señalado en un conocido ensayo el historiador Ambrosius⁵⁰, no puede ser consistente al olvidar un punto esencial: las consecuencias indeseadas que se provocan cuando no se ponen en relación de forma realista medios materiales limitados, y fines de un proyecto utópico⁵¹ que han resultado ser simples ilusiones, o “imperial delusions” (Drolet, 151), con que alimentar lo que Peleg ha calificado como “imperial universalism”⁵². Estaríamos asistiendo, por tanto, ante una severa y amplia distorsión que ha implicado, entre otras cosas, la subordinación de cualquier consideración de carácter ético frente a una ideología nacionalista que ha hecho del conocido *Manifest Destiny* un instrumento de imposición arbitraria de la voluntad nacional americana⁵³.

Dados estos puntos de vista, es obligado preguntarse cómo se encuadra retrospectivamente el fenómeno neoconservador en la historia de EE UU, y más concretamente qué hay realmente de original, de “neo”, en la visión aportada por los neoconservadores. Se puede hacer del neoconservadurismo, como hace Vaïsse, una creación de los tiempos modernos, pero también podríamos seguir a Robert Kagan en la creencia de que el credo mesiánico postulado por los neoconservadores —fe inquebrantable en la libertad como aspiración universal del ser humano, y los Estados Unidos de América como agente escogido por la Providencia para su realización—, debería ser localizado siglos antes, en el pensamiento de los *Founding Fathers* y los pioneros puritanos⁵⁴. Visto así, el neoconservadurismo no sería otra cosa que una parte integral de la “mentalidad colectiva” americana, algo que simplemente siempre ha estado ahí, y que se ha exteriorizado periódicamente mediante “pulsiones mesiánicas”. Consecuente con este relato, la aventura de Irak, como otras en el pasado, se convertiría en una continuación “natural” de la historia nacional de EE UU. El problema de esta lectura, que Robert Kagan ha hecho con gran cantidad de ejemplos, es que deja sin explicar convincentemente lo idiosincrático del fenómeno neoconservador.

cannot afford in the face of the totalitarian challenge to operate on a narrow margin of strength. A democracy can compensate for its natural vulnerability only if it maintains clearly superior overall power in its most inclusive sense. Disponible en: http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/coldwar/documents/sectioned.php?documentid=10-1&pagenumber=1&groupid=1

50. Lloyd E. Ambrosius, “Woodrow Wilson and George W. Bush: Historical Comparisons of Ends and Means in Their Foreign Policy”, *Diplomatic History*, vol. 30, n° 3, junio 2006, pp. 509-543.

51. Ver Michael Boyle, “Utopianism and the Bush Foreign Policy”, *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 17, n° 1, abril 2004, pp. 81-103; y John Gray, *Black Mass: Apocalyptic Religion and the Death of Utopia*, London, Penguin Books, 2007, pp. 108 y ss.

52. Ilan Peleg, *The Legacy of George W. Bush's Foreign Policy: Moving beyond Neoconservatism*, Boulder CO, Westview Press, 2009, pp. 66-67.

53. William Pfaff, *The Irony of Manifest Destiny: The Tragedy of America's Foreign Policy*, New York, Walker & Company, 2010, pp. 184-185; y Peter Beinart, *The Icarus Syndrome: A History of American Hubris*, New York, HarperCollinsPublishers, 2010, p. 340.

54. Robert Kagan, “Neocon Nation: Neoconservatism, c. 1776”, *World Affairs*, vol. 170, n° 4, Spring 2008, pp. 13-35.

Y si, efectivamente, el sello distintivo que ha definido a los componentes del tercer grupo, entre ellos el propio Kagan, ha sido la justificación de la fuerza militar para lograr fines morales, ¿qué relación guarda este hecho con la coherencia ideológica interna de los tres diferentes grupos generacionales que, según Vaïsse, vertebran el movimiento neoconservador? Pareciera que la continuidad de este hubiera dependido, más que de esencias y sustancias, de la repetida utilización de una etiqueta vacía de contenido que ha sido objeto de todo tipo de abusos y distorsiones. Como las realidades históricas tienden a ser mucho más complejas que la manera en que son presentadas, es probable que la categoría “neoconservador” nunca haya sido por sí misma suficiente para describir, y a un tiempo acomodar, una cantidad tan rica en matices y desarrollos intelectuales como los que han dado en una comunidad tan diversa como la neoconservadora. Al final uno no puede evitar la tentación de seguir entrecomillando los términos “neoconservadurismo”, “biografía” y “movimiento”, y reconsiderar así la pertinencia del título que da pie a la obra de Vaïsse.

Para terminar, y haciendo un balance conjunto de los textos principales que han dado pie a esta nota de investigación, cabría apuntar que estamos ante tres valiosas aportaciones que no pasarán desapercibidas, y que contribuyen sin duda alguna a poner al día algunos aspectos relacionados con la acción exterior ejecutada por los neoconservadores —o por parte de cierta visión neoconservadora— en los primeros y decisivos años del siglo XXI. Al fin y al cabo, entender lo específico de dicha mentalidad —como respuesta histórica a unos cambiantes contextos nacionales e internacionales—, clarifica una de las posibles formas en que se ha ejercido el poder americano en el mundo.

JOSÉ CARLOS PACHECO, Universidad Complutense de Madrid

josecarlospachecodiaz@pdi.ucm.es

Doctorando FPU-2009 en el Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Licenciado con premio extraordinario en Ciencias Políticas y de la Administración por la UCM (2009), ha cursado también el *Máster en Diplomacia y Relaciones Internacionales* de la Escuela Diplomática de Madrid (2008-2009), y el *Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea* por la UCM (2009-2011). Sus líneas de investigación están centradas en el estudio del neoconservadurismo americano y la política exterior de Estados Unidos hacia Oriente Medio. Ha desarrollado asimismo labores de investigación y documentación en el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación (2009-2010).